

¿UN GRIOT EN EL SUR DE COLOMBIA?

Apuntes para una Crónica Etnoliteraria



ANDREA VERDUGO BASTIDAS

¿UN GRIOT¹ EN EL SUR DE COLOMBIA?
APUNTES PARA UNA CRÓNICA ETNOLITERARIA

ANDREA ESPERANZAVERDUGO BASTIDAS²
aeverdugo@outlook.com

*La tradición oral es una memoria viva que viaja de voz en voz,
llevando consigo historias, saberes y maneras de habitar el mundo.*
— Parfraseando a Nina S. De Friedemann



Te propongo iniciar la siguiente lectura acompañada por la música de Tom Diakité. Para ello, puede escanear el código QR que acompaña estas páginas y permitir que sus sonidos acompañen el recorrido de esta historia.

Desde hace algunos años he venido interesándome por las maneras en que las comunidades construyen sus saberes, sus memorias y sus formas de habitar su territorio. En el sur de Colombia, muchas de esas prácticas han estado atravesadas por la experiencia colonial y por las múltiples transformaciones que ésta dejó a su paso. Escuchar a Tom Diakité me permitió asomarme, aunque fuera por un instante, a otros relatos, otros recorridos y otras formas de comprender la relación entre la comunidad, la música, la naturaleza y la palabra. Para escribir estas páginas necesité volver a escuchar su música. Al hacerlo, regresaron las imágenes de esa mañana, la ilusión del encuentro, las voces, las risas y las historias compartidas. Fue entonces cuando encontré la fuerza para narrar esta experiencia. Mi deseo es que quienes lean estas líneas puedan acercarse, aunque sea parcialmente, a esa vibración; que las palabras logren conservar algo de los sonidos que les dieron origen y que el eco de aquel encuentro continúe viajando a través de otras escuchas. Tal vez sea también una de las intuiciones que acompañan este texto, la de comprender que el conocimiento no siempre llega a través de conceptos o explicaciones ordenadas. A veces aparece como una sensación persistente, como una historia que regresa de manera inesperada a la memoria o como una melodía que vuelve a tocar aquello que creíamos haber olvidado. Desde esa intuición, más cercana a la escucha que a la certeza, me aproximo a este encuentro y sus memorias.

Mi encuentro con Tom Diakité no comenzó en una sala de conferencias ni durante una entrevista. Comenzó mucho antes, a través de la música. Lo escuché en casa de mi amiga María Claudia cuando puso a sonar un CD que había conseguido al asistir a uno de sus conciertos en Pasto, tiempo atrás. No conocía mucho sobre Mali ni sobre las tradiciones musicales de África Occidental, pero algo de aquellas sonoridades me resonaron. Durante un tiempo, Tom fue para mí un ritmo que llegaba con facilidad a mi corazón y me hacía mover el cuerpo. Años después, su nombre volvió a aparecer. En septiembre de 2025, la ciudad de Pasto recibió una nueva edición de “PastoJazz: Músicas del Mundo”. El festival reunió artistas de distintos lugares del planeta y, entre ellos, se encontraba nuevamente Tom Diakité, proveniente de Mali. Además de su concierto programado para el 11 de septiembre en el Teatro Javeriano, participó en un conversatorio abierto al público realizado en la Universidad Nacional Abierta y a Distancia -UNAD, titulado “Diálogos entre el jazz y las músicas nariñenses”.

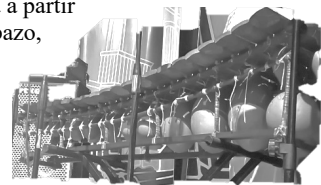
¹ Según Amadou Hampâté Bâ, el griot puede ser músico, narrador, genealogista, historiador, poeta y mediador social. Más que un simple intérprete, es un transmisor de memoria y saberes dentro de su comunidad (Hampâté Bâ, 1982).

² Ingeniera, investigadora, gestora, tejedora y Maestrante en Etnoliteratura, Universidad de Nariño.

Fue en ese contexto donde la distancia de los mapas comenzó a reducirse. Un hombre proveniente de África Occidental dialogaba en una universidad del sur de Colombia sobre música, memoria, tradición y territorio. Lo que hasta entonces había sido una referencia lejana empezó a adquirir un rostro, una historia y una voz situada. Pasto se convertía así en un lugar de encuentro entre geografías aparentemente distantes. Y yo me descubrí preguntándome por las imágenes que había construido sobre África, por las historias que nunca nos contaron y por las posibilidades que surgen cuando la música abre caminos que la geografía parece empeñada en separar. Durante años he escuchado relatos sobre Europa, sus guerras, sus filósofos y sus artistas, y muy pocas veces de África. Esta vez tenía su singularidad, presenciaba la oportunidad de escuchar de manera directa a alguien proveniente de ese continente, compartir historias y saberes de su territorio. Ese vacío no es casual. También forma parte de una historia global que ha privilegiado ciertas voces mientras otras permanecen en los márgenes.

Uno de los relatos que llamó mi atención fue el relacionado con la cacería. Tom explicó que en su comunidad aún pervive la figura del cazador, una persona que se interna durante varios días en la “selva” en busca de alimento para la comunidad. Antes de partir lleva provisiones y, cuando logra obtener una presa, hace sonar un instrumento especial (como un cuerno) para anunciar el éxito de la cacería. Al escuchar su llamado, otros miembros de la comunidad acuden para ayudar a transportar la carne y acompañar el regreso. La comunidad espera su llegada. Cuando finalmente vuelve, es recibido con música y celebración. La presa obtenida no pertenece únicamente al cazador; forma parte de una red de reciprocidad y sirve para alimentar a todos. Tom señalaba que en su territorio no existe una relación con la carne mediada por carnicerías o intercambios monetarios como los que conocemos en occidente. El alimento está vinculado a una experiencia directa con la naturaleza, al conocimiento del territorio y a una responsabilidad colectiva.

Me llamó la atención que, al hablar de la música, no parecía organizarla a partir de ritmos o géneros como solemos hacerlo aquí con el sanjuanito, el albazo, el pasacalle o el sonsureño. Más bien, la música aparecía asociada a los momentos importantes de la vida: el nacimiento, las celebraciones, los rituales y los distintos acontecimientos que marcan el paso de las personas por la comunidad. Mencionó el caso de un instrumento similar a la marimba llamado Balafón, heredado de generación en generación, cuyo uso está asociado a una historia familiar específica. De igual manera, explicó que para construir ciertos instrumentos elaborados con cuero animal es necesario haber participado en la cacería del animal del que proviene ese material. Aquellas historias me hicieron pensar que allí los instrumentos musicales no son simples objetos ni mercancías. Cada uno parece contener una experiencia, una responsabilidad y una memoria compartida. La música no aparece separada de la vida cotidiana, sino entrelazada con las formas de alimentarse, de relacionarse con el territorio y de transmitir saberes entre generaciones.



Fue en medio de esas conversaciones y ya cerrando el espacio cuando Tom compartió una historia que quedó resonando en mí y hoy me animo a compartirla. En aquel momento no comprendí cada detalle. Entre su pronunciación en francés, la traducción al español y mi propia fascinación por lo que estaba escuchando, algunas partes parecían escaparse como el agua entre los dedos. Tiempo después, al escuchar nuevamente las grabaciones y reconstruir pacientemente el relato, la historia dice algo así:

Se despertó de su sueño, y su imaginación le dijo que fuera a dar un paseo por el bosque. Caminó durante un poco más de tres horas. Al cabo de cuatro horas encontró un ser extraordinario con forma de humano, pero mucho más grande.

Se acercó a aquel ser y lo saludó con cierta picardía.
—Señor, buenos días. Señor, ¿cómo está usted? ¿Quién es usted, señor?
Era un fenómeno extraordinario, más alto de dos metros.
Entonces este Ser le dijo:
—Pero hombre, ¿qué quieres de mí? Dímelo rápido, tengo prisa, debo marcharme.
Entonces el hombre le respondió a aquel gran Ser:
—Dormí, desperté de mi sueño y mi imaginación me dijo que caminara por el bosque. Después de caminar tres o cuatro horas, aquí estoy, frente a usted, que mide más de dos metros. Y algo dentro de mí me dice que usted sabe muchas cosas y que tiene el potencial de transmitírmelas.
Entonces el Ser, lo miró y se rio.
—¿Cómo puede tu intuición revelarte semejantes cosas?
Y volvió a preguntarle:
—¿Qué quieres? ¿Qué quieres realmente?
El hombre se acercó y lo observó de arriba abajo. Miró su cabello espeso, su aspecto, su presencia. Era magnífico, imponente.
Entonces el hombre respondió:
—Señor, yo quisiera ser al menos veinte veces más inteligente.
El Ser le dijo:
—¿Pero acaso no eres inteligente? ¿Eres un tonto o qué?
El hombre respondió:
—No, no soy un tonto, pero sé que usted posee mucho potencial que puede ofrecerme. Por eso le pido simplemente que me haga veinte veces más inteligente.
Entonces el Ser lo miró y le dijo:
—Si no eres un tonto, ¿por qué me pides eso?
Pero el hombre insistió:
—No soy un tonto. Sólo quiero ser veinte veces más inteligente.
Entonces el Ser le dijo:
—Cierra los ojos.
El hombre cerró los ojos y se volvió veinte veces más inteligente.
Luego el Ser, comentó:
—Ahora puedo irme.
Pero el hombre comenzó a llamarlo de nuevo:
—¡Señor! ¡Señor! ¡Por favor! ¡Señor!
El Ser se detuvo.
—¿Y ahora qué quieres? Me pediste ser veinte veces más inteligente. Ya te he dado esa inteligencia. Ya la he compartido contigo. ¿Qué más ocurre?
El hombre parecía confundido y, al ver que el gran hombre se había alejado unos cinco metros, comenzó a correr detrás de él.
—¡Señor, espéreme! ¡Espéreme!
El Ser se volvió hacia él, algo decepcionado.
—¿Qué sucede? Ya le he dado veinte veces más inteligencia de la que tenía. Déjame en paz.
Pero el hombre insistió:
—No, señor, por favor. Esta será la última vez. Sólo quiero ser inteligente sin medida. No volveré a molestarlo. Usted puede irse donde quiera. Nunca más lo molestaré.
Entonces volvió a acercarse y añadió:
—Por favor. Lo último que le pido es ser cien veces más inteligente. Sólo una vez más y no volveré a molestarlo.

El Ser aceptó.

El hombre regresó a su casa. Durmió profundamente. Tomó un vaso de agua. Y al día siguiente, cuando abrió los ojos y despertó. Se había convertido en una mujer.

Así termina la historia. Sin explicaciones. Sin moralejas.

Sin aclaraciones sobre si aquello había sido un castigo, una recompensa, una enseñanza o una transformación necesaria. El relato simplemente depositaba aquella imagen frente a nosotros y seguía su camino, como suelen hacerlo muchas narraciones orales que confían en la capacidad de cada oyente para encontrar sus propias preguntas. Quizá por eso fue una de las historias que más permaneció conmigo. Porque no buscaba ofrecer una respuesta definitiva, sino abrir un espacio para la reflexión. Y porque, de algún modo, parecía recordarnos que existen conocimientos que sólo pueden comprenderse cuando abandonamos la ilusión de verlo todo desde un único lugar.

Hoy sigo pensando en ese relato. No porque haya logrado descifrar completamente su significado, sino porque me recordó que las historias no siempre existen para ser explicadas. Algunas existen para acompañarnos durante un tiempo, para sembrar preguntas y para ensanchar nuestra manera de mirar el mundo. Cuando volví a escuchar la música de Tom Diakité comprendí que lo que permanecía en mí no era únicamente aquella historia. También era el recuerdo de una conversación que me permitió acercarme, aunque fuera brevemente, a otras formas de comprender la comunidad, la memoria, la música y la relación con el territorio. Pienso entonces que el valor de aquel encuentro no estuvo en obtener respuestas sobre Mali. Al contrario, estuvo en descubrir nuevas preguntas. Preguntas sobre las historias que escuchamos y las que permanecen ausentes; sobre las voces que ocupan el centro de nuestros relatos y aquellas que rara vez llegan hasta nosotros.

Antes de terminar estas páginas necesito detenerme un momento y preguntarme desde dónde cuento esta historia. Y no lo hago desde una autoridad, ni desde un conocimiento profundo de una realidad cultural sobre la que todavía tengo más preguntas que respuestas, aunque sí atravesada por mi condición de estudiante de la Maestría en Etnoliteratura y por el aprendizaje constante que encuentro en las tradiciones orales de nuestros territorios. Cuento esta historia desde mi capacidad de escuchar y sorprenderme, desde la posibilidad de encontrarme con alguien que viene de otras tierras y permitir que ese encuentro movilice preguntas, emociones y reflexiones. La narro desde un corazón que se dejó conmover por la música, por la algarabía compartida y por un lenguaje que existe más allá de las palabras. Un lenguaje hecho de sonidos, ritmos, silencios y gestos. Quizás por eso, antes que las frases exactas, lo que permanece en mi memoria es una sensación: la de haber escuchado una voz (¿de un griot?) que llegaba desde muy lejos y que, sin embargo, encontraba resonancia en preguntas que también habitan mi propio territorio.

Me enfrento al reto de comunicar esta experiencia como un intento de crónica etnoliteraria. Al hacerlo, me otorgo el permiso de compartir este retazo de memoria desde la gratitud hacia las formas tangibles e intangibles que hacen posibles estos encuentros y hacia las personas que confiamos en que formamos parte de una gran red de relaciones, afectos y aprendizajes. También me siento interpelada por la responsabilidad que implica escribir sobre la palabra de otros. Por el respeto a los derechos de autor, por el cuidado de la voz del narrador y por las preguntas éticas que acompañan todo ejercicio etnográfico. Soy consciente de que toda escritura de este tipo es una construcción situada, atravesada por mis propios recorridos, preguntas y formas de escuchar. Por ello no pretendo apropiarme de este

relato ni hablar en nombre de quien lo contó. Mi intención es más sencilla: dejar memoria de un encuentro que me transformó y compartirlo con quienes deseen acercarse a él.

Quizá esta historia encuentre ecos distintos en cada lector. Quizá despierte preguntas diferentes a las que despertó en mí. Con ese anhelo comparto también el código QR que acompaña estas páginas, una invitación a escuchar directamente la música de Tom Diakité y a continuar el viaje por cuenta propia. Porque, a veces, basta una historia compartida para que la distancia entre los mapas se vuelva un poco más pequeña, que podamos maravillarnos de los sonidos, de la alegría como posibilidad de habitar este presente (cualquiera que sea).

